

**XII CERTAMEN DE RELATOS
CORTOS
"LEE, ESCRIBE,...
¡ENTRENA TU MENTE!"**

LNRS



**TERCER PREMIO
CATEGORÍA ADULTO**

**Autora: Verónica
Leo**

**Getafe
(Madrid)**

Con la colaboración:

joma



SU MEJOR REGALO

Hay casas repletas de objetos. Que cuentan con lo último en tecnología, una decoración moderna y cuidada hasta el último detalle. Algunas están llenas de accesorios y vacías de gente. Son casas sin alma, sin vida. Sus habitantes se sustituyen unos a otros en las estancias, sin intercambiar palabras, sin compartir momentos. Unos entran y otros salen, como cuando pides cambio en la banda, pero sin la palmada de ánimo.

Hay otras casas en cambio que son más modestas. Con muebles bonitos y sencillos, escogidos con mimo para el día a día. En ellas todos sus habitantes se sienten ellos mismos. Esas casas reciben el nombre de hogar.

Nuestra protagonista, Laila, pasó su infancia en una de esas casas. Una casa en la que los jarrones y adornos no eran de larga duración. Los proyectiles con el balón los eliminaban sin querer continuamente.

Una casa con camisetas verdes con números a la espalda que se tendían al sol los sábados tarde después de los partidos. Una casa llamada hogar. Con todas las letras. Con todo su significado. Y en ese hogar se respiraba fútbol. En todas las esquinas. Por todos sus poros. Fútbol sala. A todas horas.

Laila tenía dos hermanos mayores. Dos locos del fútbol sala que coleccionaban zapatillas y trofeos en su habitación. Uno era cierre y el otro pivot. Ambos jugaban en el mejor equipo de la localidad, a las ordenes de su padre. Un entrenador serio y exigente pero justo.

Cuando Laila llegó al mundo fue una sorpresa para todos. Nadie contaba con un fichaje a estas alturas del partido, con los hermanos mayores en categoría benjamín. Aquella niña de ojos grandes y pelo moreno se convirtió en su mejor regalo.

Pasaban los días y las semanas. Laila crecía feliz rodeada de aquel pequeño esférico. Todos los goles de sus hermanos eran para ella. Todos sus ratos libres entre deberes y entrenamientos estaban destinados a transmitirle a su hermanita la pasión que ellos sentían por aquel maravilloso deporte.

Laila jugaba rodeada de pelotas en su alfombra. Era habitual verla sonreír. Con su coleta alta y aquellos ojos negros devolvía a sus hermanos la pelota. Con una mano, y con una potencia fuera de lo normal.

Pasaban los meses y Laila crecía al ritmo que lo hacían las ojeras de todos los miembros del hogar. Algo no iba bien. La niña no gateaba a la edad esperada y una parte de su cuerpo parecía dormida. Ausente por completo. Las alarmas saltaron y las sospechas se confirmaron. Laila tenía una discapacidad motora que la impedía moverse con normalidad.

Hay palabras que se convierten en losas. Son dardos capaces de tumbar al mayor de los optimistas. Aquel conjunto de letras se convirtió en un interruptor de oscuridad para el hogar.

Nunca una palabra fue tan injusta. Ni tan alejada de la realidad. Decir que aquellos que deben superar más obstáculos tienen menos capacidad es absurdo. Quizás debamos acuñar un nuevo término para los “pluritalentosos” que cada día logran salvar las barreras arquitectónicas y se enfrentan a la vida sin los privilegios de los demás.

Y ese entrenador acostumbrado a motivar a tantos y tantos niños. A darles órdenes para sacar de ellos su mejor versión y a gritarle que nunca pueden darse por vencidos se quedó sin palabras.

Al principio solían verle por la banda con gesto triste. Con resoplidos largos. Sin ganas para celebrar los goles y las victorias. Sin fuerzas para alentar a los suyos en las derrotas.

Algún tiempo después sus hijos decidieron que tenían pendiente una conversación con su padre. Le hablaron de todo lo que les había enseñado en la pista. De todas las lecciones de fútbol y vida cuya máxima llevaba escrita en esa pizarra con una cancha de 40x20 dibujada. Una cita que todos sus jugadores conocían de sobra “Caer está permitido, levantarse es obligatorio”

En la vida a veces cuesta poner en práctica los consejos que a otros das. Podemos permanecer sentados en el banquillo viendo los minutos pasar o levantarnos y animar. A nuestros compañeros. A nosotros mismos. Asumir que hay personas que no parten de titulares pero entrenan duro cada día para dar su mejor versión. Que no negocian su esfuerzo porque su determinación por avanzar es gigantesca.

Laila era un ciclón vital de superación personal. No acostumbraba a pronunciar palabras de queja y se revolvía ante la compasión. Es cierto que aprendió a caminar más tarde que la mayoría de los niños de su clase, pero lo hizo con paso firme. Y apenas supo poner un pie delante del otro se atrevió a devolverle el balón a sus hermanos golpeándolo con su pie izquierdo... Y en cuanto pudo mantener el equilibrio se atrevió a chutar con fuerza.

Y se caía, vaya que se caía. Muchas veces, casi cada día. Y volvía a ponerse de pie. Una y otra vez. Sus hermanos y su padre siempre acudían en su ayuda a lo que Laila respondía.

“No quiero que sintáis lastima por mi, quiero me ayudéis a mejorar”

Sus padres fundaron el primer equipo inclusivo del club. En el cabían jugadores y jugadoras de todo tipo, “Los pluritalentosos” se llamaron. Todos tenían en común su amor por el fútbol sala.

Resulta del todo imposible arrinconar los sueños de aquellos que creen que podrán alcanzarlos. Incluso si para ellos el camino es más enrevesado que para los demás. Para Laila y sus compañeros de equipo la meta era la misma, divertirse y marcar. Cuantos más mejor. Goles y risas.

Laila acudía puntual a todos sus entrenamientos. Solo las citas médicas y los resfriados más fuertes lograban apartarla del pabellón. De escuchar de boca de su entrenadora la frase que tanto había oído a su padre gritarle a sus hermanos: “Recibimos con la planta, devolvemos con el interior”

Una tarde de domingo Laila estaba viendo una película con sus padres y hermanos. Casi al final de la película uno de los personajes le dice a otro:

"A veces el valor se salta una generación. Gracias por traerlo de regreso a nuestra familia." Todos sonrieron y uno de los hermanos se atrevió a decir. "No creo que nadie represente mejor esa frase que tú, hermanita"

Laila salió del salón algo abrumada y con la excusa de preparar la merienda. Su padre se acercó con sigilo.

-Gracias, papá. -Gracias ¿por qué, hija?

-Por todo. Por no rendirte nunca, y por enseñarme a jugar al mejor de los deportes- añadió Laila.

Y el entrenador de las charlas motivadoras. El creador de mil y una jugadas de estrategia volvió a quedarse sin palabras. Y sin voz.

-Has sido el mejor entrenador-dijo mirándole a los ojos. - Laila, si hay alguien que ha aprendido en esta relación he sido yo. Tú me enseñaste. Recuérdalo.